Anales de Literatura Española **Artículo de investigación**
e-ISSN: 2695-4257 | ISSN: 0212-5889
Núm. 35, 2021, pp. 77-98
https://doi.org/10.14198/ALEUA.2021.35.04

Voces de la calle: Los pregones callejeros en el Madrid del siglo XIX

Voices from the street: Street opening speeches in 19th-century Madrid

Salvador García Castañeda

Autoría:
Salvador García Castañeda
The Ohio State University
Garcia7@osu.edu
https/orcid.org/0000-0003-0958-1262

Citación:
García Castañeda, Salvador. «Voces de la calle: Los pregones callejeros en el Madrid del siglo XIX», *Anales de Literatura Española*, n.º 35, 2021, pp. 77-98. https://doi.org/10.14198/ALEUA.2021.35.04

Fecha de recepción: 01-03-2020
Fecha de aceptación: 02-04-2020

© 2021 Salvador García Castañeda

Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

Resumen

Este artículo analiza la presencia gráfica y literaria de los vendedores callejeros y artesanos ambulantes y sus pregones en el Madrid del siglo XIX. Para ello, se detiene en algunos textos costumbristas de Antonio Flores, Mesonero Romanos o Larra, entre otros; y en manifestaciones populares como las aleluyas.

Palabras clave: Literatura; siglo XIX; vendedores callejeros; folklore.

Abstract

This paper analyzes the graphical and literary presence of the street vendors and their announcements in 19th century Madrid. For that purpose, it pays attention in some folkloric texts of Antonio Flores, Mesonero Romanos or Larra, among others; and in popular manifestations as «aleluyas».

Keywords: Literature; 19th century; street vendors; folklore.

Para María Ángeles Ayala, In Memoriam.

La venta callejera de comestibles y de los enseres caseros necesarios para el diario vivir ha sido parte integrante del entramado social y elemento indispensable de la economía doméstica en las ciudades y aunque los testimonios son escasos parece que en la antigua Grecia y en Roma había pregoneros públicos que divulgaban anuncios y mercaderes ambulantes. Los pregones son la primera forma oral de la publicidad, y en una época en la que la mayoría de la población era analfabeta, el pregón era la única manera que tenían las autoridades y los comerciantes de informar al público, y servía a la vez de avisos y de anuncios.

Las primeras imágenes conocidas de vendedores ambulantes provienen, según Roger Nimier (Massin)[1] en *Les cris de la ville,* de un manuscrito francés del siglo XIV, la *Vie de Monseigneur Saint Denis*, que muestra diez y ocho tipos, entre ellos, un vendedor de vino y otro de agua, una lechera, un trapero, una verdulera, y otros varios. (Massin, 31).

Aquellos pintorescos vendedores y artesanos itinerantes atrajeron la atención de los costumbristas y de los ilustradores, y dejaron el testimonio de su presencia en obras literarias de carácter diverso, y en azulejos, colecciones de tipos, estampas, en *efímera* como barajas, abanicos, cajas de cerillas, juegos de sociedad y sombras chinescas, así como en la literatura de cordel y en álbumes fotográficos, canciones y aires de ópera.

Estoy preparando un trabajo sobre la presencia gráfica y literaria en España de los vendedores callejeros y de los artesanos ambulantes y sus pregones. En este artículo me centraré brevemente en los de Madrid en el siglo XIX.

*

Eugenio de Tapia, Antonio Flores, Mesonero Romanos y Galdós darían protagonismo al Madrid decimonónico que en 1844 no tenía más de doscientos mil habitantes; desde mediado el siglo, hubo gran actividad constructora y se emprendieron obras públicas de la envergadura del canal de Isabel II, el ensanche, la modernización del casco urbano y la construcción de nuevos edificios oficiales,[2] que, al igual que en París y en Londres, atrajeron a quienes buscaban trabajo en ellos.

1. Massin [Roger Nimier], *Les cris de la ville. Commerces ambulants et petits métiers de la rue*. Poitiers: Gallimard, 1978. Este libro, bellamente ilustrado, da amplia noticia de los pregones en diversos países de Europa, excepto en España, a pesar de su rica tradición gráfica y escrita.
2. Lee Fontanella, «Peligros de Madrid», *Poemas y ensayos para un homenaje*. Madrid: Editorial Tecnos, 1976, pp.67-79; Salvador García Castañeda, «El peligroso Madrid de

Mesonero alababa en 1835 «la espaciosidad y desahogo» de las calles madrileñas, »la regularidad bastante general de su alineación, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas y sus distintas formas y dimensiones…» y describía la animación y el movimiento en la Puerta del Sol después de la siesta en las tardes veraniegas, «cuando se abren las tiendas, pero todavía no circulan los carruajes y los cafés están oscuros y vacíos.» («Paseo por las calles», 1967: 217-221). Esta visión coincidía con la del irlandés Martin Haverty[3] según quien, en los años 40, los cafés y las salas de lectura madrileños estaban llenos de gente, había gran actividad comercial y vida teatral, y los paseos estaban muy concurridos (*Wanderings,* 1844: 64).

Pero Madrid no producía nada y, como escribía el viajero inglés Samuel Edward Widdrington[4], por aquellos mismos años,

> En Madrid todo es foráneo: las fresas vienen de Aranjuez a 30 millas, los albaricoques de Toledo, a 50 millas, los melocotones llegan a lomos de mula desde Aragón y la mantequilla de Asturias. Los valencianos venden naranjas y limones, los murcianos dátiles. El origen provinciano es tan fuerte que todo el mundo sabe de dónde es cada uno y es frecuente ir de compras donde el catalán de tal calle o el valenciano de otra, etc. Lo mismo ocurre con las *posadas y casas de pupilos* adónde van a parar los originarios de ciertas regiones (*Sketches,* I, 1844: 163).

Para George Borrow, aquel «Don Jorgito el inglés» enamorado de España, no había ciudad como Madrid, en la que, salvo algunos sastres, guanteros y peluqueros franceses, todos eran españoles, y saludaba –¡Hail, ye!– a los aguadores de Asturias, a los caleseros valencianos, a los mendigos de la Mancha, a los hijos de otras provincias, y finalmente, a «aquellos veinte mil manolos cuyos terribles cuchillos hicieron estragos el 2 de mayo en las tropas de Murat.» (*The Bible,* 1961: 119).

De aquel mosaico de provincianos que formaba la población de Madrid se recordara en el episodio nacional *Bodas reales* de Galdós, a la nostálgica manchega doña Leandra Carrasco, que sueña con volver a su pueblo y frecuenta los mercados y los mesones donde llegan los arrieros y otra gente de la Mancha.

---

las aleluyas». *Anales de Literatura Española*, Núm. 24, 2012, págs. 11-27; Enrique Rubio Cremades, «Los peligros de Madrid en el *Semanario Pintoresco Español*», *Arbor*, 188-757 (septiembre-octubre 2012), 869-880.

3. Martin Haverty (1809-1887), periodista irlandés autor de *Wanderings in Spain in 1843, en dos volúmenes* (1844).
4. El oficial de marina británico Samuel Edward Cook apellidado después Widdrington (1789-1856), autor de *Sketches in Spain during the years 1828-1833, 2 vols.* (London, 1834) y *Spain and the Spaniards in 1843*, 2 vols. (London: T. & W. Boone, 1844, 2 vols).

Entre quienes describieron aquel menudo e indispensable comercio en el Madrid de la primera mitad del siglo, están Antonio Flores («Los gritos de Madrid»), Mesonero Romanos («Paseo por las calles») y Larra («Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos»), y Manuel Ossorio y Bernard («Varias industrias») en 1882. Los pregones despertaron en ellos el interés y la nostalgia propios del costumbrista por las escenas conocidas antaño desde un presente en evolución tan rápida que mediado aquel siglo lamentaba Flores que el ayuntamiento prohibiera vocear los pregones después de las 10 de la mañana, cuando los ruidos del progreso –«los coches que aturden […], «el atronador rodar de los carruajes» […] o «el silbido de la locomotora»– fueran mucho más desagradables y molestos (1863:4-5).

Los habitantes de cada país de Europa usaban diariamente la ropa propia de su región que los distinguía de las de sus vecinos; por su capacidad económica y por su ilustración quienes pertenecían a las clases altas de las ciudades tenían la posibilidad de viajar y de conocer otros países y culturas y de adoptar modas foráneas, lo que daría un estilo uniforme en el vestir de la clase alta y de la burguesía. El de la gente de campo respondía a las condiciones de su trabajo y a las del clima en que se desarrollaba. En cambio, la ropa de fiesta, especialmente la de las mujeres, era de telas más ricas –lana, terciopelo, pañuelos de seda– a la que acompañaban collares, ajorcas, preseas de coral y piedras semipreciosas, y medallas de plata o de oro. Se guardaba cuidadosamente en el arca e iba pasando de madres a hijas.

Antes de existir la producción industrial masiva que abarataba los costes, cada objeto y cada prenda eran de producción artesana y hecha para que durase, y para prolongar su vida se recurría a dar vueltas a la tela, a parches, remontes, remiendos y teñidos. También eran sencillas las herramientas usadas para componer objetos de uso casero como ollas, cazuelas y sartenes, y de muebles, carros y aperos, que sobrevivían gracias a piezas nuevas, lañaduras y refuerzos. Hasta fines del XIX, y en diferentes épocas en cada país, no hubo electricidad y, consecuentemente, refrigeración, ni otros adelantos como el agua corriente, el telégrafo y el teléfono. Los géneros frescos tan perecederos como la carne, el pescado, la verdura y la fruta tenían corta vida y, de ahí, la necesidad de comprarlos todos los días.

Sorprenden hoy la cantidad y la variedad de tipos dedicados a los oficios y a la venta ambulante, que se anunciaban por unos pregones que llegaron a estereotiparse de tal modo que resultaban inconfundibles, aunque no se entendieran sus palabras.

Aparte de su interés para el costumbrista, estos personajes merecen estudiarse como un importante aspecto de la vida social y de la economía doméstica

ciudadana. Madrid se abastecía diariamente desde los pueblos cercanos, desde las provincias y por artesanos y vendedores que recorrían el país. Además de estos, había otros habituales en las calles y mercados de la ciudad como los murguistas, los ciegos que vendían romances y aleluyas y aquellos que, como los de «Modos de vivir que no dan de vivir», ofrecían artículos inverosímiles.

Fuencarral existía al menos desde principios del siglo XIII, tenía labranza de trigo, cebada y centeno, y llevaba a vender leña a Madrid, avena, guisantes, garbanzos y algarrobas. En el siglo XVIII y el XIX abundaban las viñas y Fuencarral era famoso por su vino de moscatel. Con la extraordinaria expansión de la capital, su inevitable destino, al igual que el de otros pueblos de los alrededores de la capital, fue perder su carácter agrícola y ganadero y pasar a ser un barrio más del Madrid urbano.

De aparición reciente es el libro *Fuencarral y las fuencarraleras. Un pueblo en la literatura madrileña* (Madrid: Ediciones La Librería, 2018) de Antonio Checa Sánchez que estudia la evolución social de este pueblo. Retrata en él la actividad de las fuencarraleras, pues principalmente eran mujeres las que venían a Madrid. Salían por la mañana del pueblo, que distaba 11 kilómetros de Madrid, por el antiguo camino de Francia y es hoy la calle de Bravo Murillo, y a la tarde volvían por el mismo camino. Las llamaban las hueveras o las naberas, pues también era conocido el pueblo por sus nabos, y la mayoría tenían puestos fijos en la Plaza Mayor, en Santo Domingo y en otros sitios.



A fines del XIX observaba Blasco Ibáñez que

> Así como avanzaba el día, era más grande la afluencia de carros y cabalgaduras en la glorieta de los Cuatro Caminos. Llegaban de Fuencarral, de Alcobendas o de Colmenar, con víveres frescos para los mercados de la villa. Junto con los cántaros de la leche descargábanse en el fielato cestones de huevos cubiertos de paja, piezas de requesón, racimos de pollos y conejos caseros. Sobre la platina de la báscula sucedíanse las especies alimenticias en sucia promiscuidad […] Las paletas,

> envueltas en un mantón, con el pañuelo fuertemente anudado a las sienes, volvían a cargar sus mercancías en los serones, y apoyando el barroso zapato en la báscula, saltaban ágiles sobre su asno, azuzándolo al trote hacia Madrid, para vender sus huevos y sus verduras en las calles inmediatas a los mercados» (en Gómez-Porro, 2000:59).

En su «Paseo por las calles» de Madrid, Mesonero Romanos evocaba algunos pregones.

> «–De la lotería-aaaao-cha-vo-A-ochavito los fijos.
> –¿Una calesa, mi amo?
> –De la fuente la traigo ¿quién la bebe?
> –Señores, a un lao, chas.
> –El papel, que acaba de salir ahora nuevo.
> –Cartas de pega
> («Paseo por las calles», 1993: 224).

Basándose en su propia experiencia describió Antonio Flores en «Los gritos de Madrid» los pintorescos pregones de la capital en 1800 y, aparte de su sabor costumbrista, el texto tiene el valor de un documento etnográfico, pues da las épocas del año en las que llegaban los vendedores, de tal manera que «Los gritos venían a ser el verdadero calendario de los pobres».

Flores mencionaba que de las cercanías venían también las patatas de las huertas de Madrid, «las calabazas a cuarto y tres en dos cuartos», los chorizos de Leganés, los melones de cala y cata, y la leche de oveja que traían los serranos.

Del mismo Madrid procedían las buñoleras, que vendían sus buñuelos, «¡A ochavo y a cuarto, calentitos!», y las manolas que pregonaban «caquí hay arveyanas, nuevas arveyanas… como la leche arveyanas fresquitas» en otoño, y naranjas en invierno. Posiblemente también en la capital vivirían la sebera: «¿Hay algo é sebo que vender?», el hombre que compraba trapo y yerro viejo, los que componían «tenajas y artesones…barreños, platos y fuentes!», «el sarteneroooo«, y el rosariero, que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos».

En Madrid había franceses e italianos que abrieron restaurantes y fondas, así como peluqueros y sastres franceses que ejercieron su industria a un nivel económico más alto pero ganándose la vida por las calles estaban los afiladores –«El amolaooor…»– «tras del cual por ser francés o parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de «el carro español y el burro francés», y los italianos que pregonaban «Santi boniti barati», que «solían ser algunos perros de yeso, o las cuatro partes del mundo, o cosa por el estilo.»

De las provincias llegaban los valencianos que vendían horchata y «Agua sebá», el manchego que llegaba con su burro cargado de alfombras de esparto





para el suelo, gritando «¿Ruedo?» , el palentino pregonando las «Mantas de Palen…», «quedándosele siempre atragantada la silaba final,» los murcianos que traían dátiles, y los choriceros extremeños y de Salamanca .

A Richard Ford debemos una descripción tan desdeñosa y sardónica, como eran las suyas, de otros aspectos del comercio ambulante madrileño, vista



El Choricero.





desde la perspectiva de la otredad de una España exóticamente moruna, tan grata a muchos extranjeros. Por las alamedas y paseos madrileños circulaba el vendedor de agua quien,

> como su colega en Oriente, lleva a la espalda un cántaro de barro poroso con una espita para servir el agua, y sujeta a la cintura una caja de lata en la que lleva vasos, cepillos y algunos ligeros azucarillos, *panales,* hechos de azúcar y clara de huevo, que los españoles mojan en el agua. […] Cerca de ellos corretean unos niños como los que pintó Murillo, que como pequeños artilleros llevan unos chicotes de cuerda encendidos para dar lumbre a los fumadores, que aquí son el 99 por ciento» (*Gatherings*, 2000: 131-132).

Ya desde fines del XVIII los madrileños estaban orientados culturalmente hacia el sur, y admiraban e imitaban las costumbres de los andaluces de las clases bajas, sus gustos, su música, su modo de vestir y hasta de expresarse. El sur atraía a unos extranjeros amantes de lo pintoresco y lo exótico y representaba para ellos una «España de pandereta» rebosante de toreros, de contrabandistas, y de mujeres bravías, siempre elegantes, como la Carmen de Merimée. Los románticos amaban aquellos personajes independientes y rebeldes, y en *Los españoles pintados por sí mismos* (Madrid: Ignacio Boix, 1843-1844), Andalucía está representada nada menos que por once de los diez y seis tipos provinciales. Como advierte Ucelay da Cal, las restantes provincias españolas apenas se



mencionan, y algunas tan importantes como Cataluña y Valencia brillan por su ausencia (158).[5]

Esta imagen está presente en *Los españoles pintados por sí mismos*, en el *Semanario Pintoresco* y en las aleluyas. De ejemplo serviría «Las provincias de España», una aleluya en la que un pareado explica el carácter del personaje; así, en la viñeta 32, «Con su trabuco y su manta / ¡Cómo el malagueño espanta!»; en la 33. «El natural de Sevilla / con suma arrogancia brilla»; en la 34, «Con su caña el cordobés / brindando a su maja ves»; en la 35, «Con su guitarra en la mano / da placer el jerezano»; y en la 37, «Gran peineta a la gitana / la pone hueca y ufana» («Las provincias de España. Colección de trajes españoles». Madrid. Imprenta de J.M. Marés, calle de Relatores, núm. 17).

5. Joaquín Álvarez Barrientos, Alberto Romero Ferrer, eds., *Costumbrismo andaluz*. Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones, 1998; Guillermo Boto, *Gritos de Cádiz dibujados por Tomás de Sisto*. Cádiz: Diputación de Cádiz, Biblioteca Federico Joly, 2014.



Una imagen que contrastaba con la de los hijos de las aisladas y lejanas tierras del septentrión, atrasadas y pobres, a la que no fueron ajenos nuestros propios costumbristas y sus lectores, más atraídos por las gráciles bailaoras andaluzas que por las robustas pasiegas. Y los autores de las aleluyas, compartieron aquel despectivo paternalismo, reforzando así los acostumbrados clichés. Los provincianos de cierta educación y clase social que llegaban a Madrid solían asimilarse a los usos ciudadanos y no se distinguían de los madrileños de su propia clase, la mayoría de los cuales, o sus padres, todo hay que decirlo, habían sido provincianos o pardillos de los pueblos. Quienes no lo hacían tan fácilmente eran los de las clases más humildes llegados a Madrid desde las provincias del Norte para ganarse la vida como aguadores, mozos de cuerda, cocheros y criados asturianos y





gallegos, dependientes y amas de cría de la Montaña, toda gente de escasa ilustración y fuerte acento nativo. El aguador es un tipo integrante de la sociedad decimonónica madrileña y está presente tanto en la literatura culta como la de cordel.

En las aleluyas «Escenas matritenses», es «un farruco insolente» («Percances de Madrid»), es víctima de las fechorías de los chiquillos («Gritos de Madrid», «El Rastro en Madrid») o de las pesadas bromas de los mayores. («Escenas matritenses»). Es más, a juzgar por el artículo «La gitana» que acompaña un bello dibujo de Alenza en *Los españoles pintados por sí mismos,* de la media aleluya «Costumbres gitanescas», y otros testimonios, parece que los gitanos despertaban más simpatía gráfica y literaria que los gallegos.

Conocidas en Madrid eran también las pasiegas, fueran del Valle de Pas o no, encargadas de amamantar desde los hijos de los reyes hasta los de quienes pudieran pagarlas. Llegaban de las aldeas y las que no tenían empleo se agrupaban en Madrid en la plazuela de Santa Cruz en espera de clientes, y la mayoría de los autores que se refirieron a ellas lo hicieron negativamente acusándolas de comerciar con su cuerpo.[6] Mesonero Romanos aseguraba que «a los anchos y férreos lomos [de un asturiano] no sería imposible el transportar a Madrid la campana toledana o el cimborio del Escorial» (1993: 426) y, según Bretón de los Herreros, en *Los españoles*, una pasiega »podría, en un apuro, tirar de un cabriolé» (Bretón de los Herreros, «La Nodriza», *Los españoles pintados por sí mismos, 1851:34*).



Otros personajes habituales en las calles y mercados de las ciudades eran los ciegos, que tradicionalmente cantaban coplas piadosas y políticas, tonadillas y romances, que luego vendían en pliegos impresos. Eran también difusores de noticias que a veces alteraban, servían de correveidiles y aun de espías. En cierto momento llegaron a

6. José Manuel Fraile Gil, *Amas de cría. Catálogo de la Exposición*. Santander, CEDESC, 2000.



formar un poderoso gremio que vendía gacetas, y tenía monopolizada la venta de aleluyas y otros pliegos de cordel.[7]

Como fuentes de la representación gráfica de tipos se consideran la abundante literatura de viajes que despertó entre sus lectores la curiosidad por conocer gentes de otras tierras, y dio lugar desde fines del siglo XVIII a la publicación de series de estampas de trajes y tipos populares, presentes en los sainetes de don Ramón de la Cruz y en los del gaditano González del Castillo, en las pinturas de carácter costumbrista de Goya, y en los libros y grabados que representaban tipos populares y, a veces, en colecciones de ellos, identificables por sus actividades o por su ropa. Así, la *Colección de trajes de España…* de Juan de la Cruz Cano y Holmedilla (Madrid, 1777), y la de Antonio Rodríguez Onofre, *Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España*. Principiada en el año 1801. Librería de Castillo, 1801, compuesta de 112 grabados-calcográficos de tipos regionales, con un refrán o frase al pie que define la estampa; y también del mismo Rodríguez Onofre es *Tipos y modas de Madrid en 1801*. Y a lo largo del siglo también dibujaron tipos Valeriano Bécquer, Alenza, Ortego y Doré, y están presentes en las revistas ilustradas de la época.

Inspirado en publicaciones extranjeras como *Heads of the People; or Portraits of the English,* publicado por entregas en 1838 y como libro en 1840-1841, y *Les francais peints par eux memes*, que salió del mismo modo entre *1839* y 1842, apareció también por entregas *Los españoles pintados por sí mismos,* en dos tomos (Madrid: Ignacio Boix, 1843 y 1844), del que hubo una segunda edición (Madrid: Gaspar y Roig, 1851), con los mismos textos y diferentes grabados. Influyó sobre obras semejantes estudiadas por María de los Ángeles Ayala en

7. Jean Francois Botrel, «Les aveugles, colporteurs d'imprimés en Espagne. I. La confrérie des aveugles de Madrid et la liberté de commerce», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, IX, 1973, pp. 417-482 ; «Les aveugles, colporteurs d'imprimés en Espagne. II. Des aveugles considérés comme mass-media», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X, 1974, pp. 233-271(En colaboración con G. Castagnaret).

su libro *Las colecciones costumbristas (1870-1885)*. Entre ellas, *Los españoles de ogaño* (1872) tiene el propósito de ser «una segunda parte de *Los españoles pintados por sí mismos*», y como en la mayoría *de* las colecciones costumbristas casi todos los tipos pertenecen a Madrid y a la sociedad de la época. El grupo más numeroso es el de las clases populares, con más de veinte tipos que ejercen pequeños oficios, y entre los de la burguesía destaca el aspecto del «quiero y no puedo», tan presente en la novela galdosiana. *Madrid por dentro y por fuera* (1873) de Eusebio Blasco, es un libro esencial para conocer las costumbres burguesas de la época posterior a la Revolución de Septiembre, y sus personajes y el mundo en el que se mueven son los mismos que los que aparecen en la novela realista y naturalista.

Por otro lado, la «literatura de cordel» llevó a un público humilde, romances, leyendas de santos y relatos de las hazañas de aventureros y malhechores, así como otros temas e imágenes[8]. Según Pons y Massaveu, el origen de los tipos que aparecen en las aleluyas [auques en catalán][8] de Artes y Oficios se remonta a la Edad Media y están inspirados en las miniaturas, viñetas y demás ilustraciones que ornamentaban los libros gremiales, y que se popularizaron en hojas sueltas impresas y en azulejos, llamados también manisas y rajolas. Muestra de su difusión en Cataluña y Valencia es el hecho de que «Raras eran las casas del pasado siglo [XVIII] y aun del comienzo del presente que no contasen con un azulejado de Artes y Oficios en sus respectivas cocinas; y tal es la identidad de sus dibujos, tal lo que se parecen con nuestras aucas de redolines, que no nos cabe duda alguna de que son éstas copia fiel de los referidos azulejos» («Sobre les auques de redolins», en *Calendari Catalá para 1901*. Barcelona, pág. 68, cit. por Gayano, 1942: 56), y también para Gayano y Lluch, «La azulejería pasó a reproducir escenas menestrales que luego fueron tipos y más tarde pregones». (1942: 56). En cambio, para Joan Amades, el folklorista estudioso de *Les Auques*», «en algunos casos no ha sido el azulejo el que ha copiado al auca, sino el auca al azulejo» (*Els rajoles dels oficis*. Barcelona, 1937: 111).[9]

También se da en los azulejos la interrelación e influencia mutua entre las imágenes de origen culto y las de origen popular. Destaco la cocina en casa

8. Las aleluyas citadas en este trabajo proceden del fondo de la Fundación Joaquín Díaz.
9. Para bibliografía referente a los azulejos, ver Inocencio V. Pérez Guillén, *Las azulejerías de la Casa del Obispo en Sierra Engarcerán (Castellón)*. Diputació de Castelló. Institut de Promoció Cerámica, 2008, págs. 203-206.



del obispo Beltrán,[10] en la Sierra Engarcerán, Castellón, una de las cocinas valencianas en las que por razones de limpieza y adorno tenían las paredes recubiertas de azulejos con figuras, de los que se producían en las fábricas valencianas a partir de 1750. Los de esta casa representan animales, plantas y cenefas decorativas, así como personajes. Estos últimos son de figura completa, sin fondo de paisaje, y representan tipos masculinos y femeninos de varias regiones españolas, de diversas clases sociales (Petimetre, alguacil, estudiante manteísta, abate, soldado, torero, la actriz María Antonia Fernández «la Caramba»), y algunos tipos de oficios (criada, pastora, labrador, labradora, gacetera, recadero de Astorga, pastor, aguador, ciego jacarero). Los azulejos que representan personajes son de en torno a 1830 y la mayor parte están inspirados directamente en la *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos*. (Madrid: Casa de M. Copin, 1777), de Juan de la Cruz Cano y Holmedilla, (Pérez Guillén, 2008: 37).

Los usos originales de la aleluya como juego de azar y como cábala desaparecieron y los pliegos tomaron un tono instructivo para un pueblo que tenía ahora un afán de saber que despertaron la Revolución Francesa, la guerra de la Independencia, las luchas constitucionales y el renacer industrial. Tocaban temas muy diversos y tuvieron un eficaz valor pedagógico pues los niños,

10. Felipe Beltrán García (Sierra Engarcerán, 1704-Madrid, 1783), obispo de Salamanca (1763) e Inquisidor General (1775), «una de las personalidades eclesiásticas más interesantes del siglo de las luces en España» (Pérez Guillén, 2008: 15).



atraídos por los grabados, aprendieron en las aleluyas muchas de las primeras nociones de conocimientos muy diversos. Tenían siempre un profundo sentido moral y las recortaban para jugar y para hacerlas servir de moneda («patacons») hasta que la llegada de la prensa infantil ilustrada las fue haciendo desaparecer.

Las aleluyas despertaban la curiosidad de los niños por la diversidad de tipos que mostraban al tiempo que les enseñan a leer. El «Abecedario y gritos de Madrid» y «Abecedarios. Vendedores y oficios» llevan en el ángulo superior izquierdo la letra del abecedario, en el derecho, el número, con la palabra que describe el personaje y su pregón al pie, con las sílabas separadas; en «Gritos de Madrid» las primeras 24 figuras, del 1 al 24 son masculinas, y las 24 siguientes, femeninas; en «Vendedores y Oficios», las primeras 24 viñetas son de «Vendedores» y las otras 24 de «Oficios». Tal numeración corresponde a la escasa capacidad adquisitiva de los niños y a facilitarles la posibilidad de comprar media aleluya, e incluso había algunas cuya numeración permitía venderlas en cuatro partes. Uno de los juegos de azar derivados de la auca primitiva es el de la lotería; hay varias con este tema, como la «Lotería para los niños. Con los trajes de todas las provincias de España y número de habitantes que tiene cada capital. Instrucciones para jugarla,» En ella, aprenderían geografía en el transcurso del juego y a distinguir a cada personaje por su modo de vestir; las instrucciones del juego son muy semejantes a las de la tradicional lotería de cartones.[4]



Como es sabido, los impresores de la literatura de cordel no tenían reparos en copiarse unos a otros o en buscar inspiración en obras literarias o artísticas conocidas, y como advertía Durán i Sampere también los escritores y los artistas buscaron temas y asuntos en el estro popular (1971: 76)[11]. Así, «La lotería. Espresiones de los jugadores» está basada en tipos de Antonio Rodríguez (*Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España*); los tipos de «Gritos de Madrid» en los *Gritos* de Manuel Gamborino»; «Las provincias de España. Colección de trajes españoles», en los tipos de Múgica aparecidos en la *Geografía Estadística y Pintoresca.*

También el título y los grabados de algunas de estas aleluyas muestran influencias más o menos directas de colecciones de tipos como *Los españoles pintados por sí mismos* y tanto los autores de «Percances de Madrid» como de «Escenas matritenses», cuyo título evoca el libro de Mesonero, conocerían sin duda los grabados de «Peligros de Madrid» que fue publicando el *Semanario Pintoresco* entre 1836 y 1857; y la aleluya «Los españoles pintados por sí mismos» fechada en 1870 está basada en *Los españoles pintados por sí mismos* y sus viñetas imitan con bastante fidelidad sus tipos aunque no hay ninguna alusión al libro.

11. Sobre la literatura de cordel hay estudios tan valiosos como el *Ensayo sobre la literatura de cordel* (Madrid: Revista de Occidente, 1969) de Julio Caro Baroja; *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX* (Madrid: Taurus, 1977, 2 vols.) de Joaquín Marco; y *Aspects de la literature de colportage sous la Restauration* de Jean-Francois Botrel (Grenoble: PUG, l977) y sobre las aleluyas, *L'imaginerie populaire italienne* (París, 1929) de A. Bertarelli; el imprescindible estudio *Les auques*, en 2 volúmenes (Barcelona: Editorial Orbis, 1931) de Joan Amades, Joan Colominas y Pau Vila. (Amades es autor de otros varios trabajos sobre el tema); *Grabados populares españoles* (Barcelona: Edit. Gustavo Gili, 1971) de Agustín Durán i Sanpere; y *The Early Comic Strip c.1450-l8*[25]*. Narrative Strips and Picture Stories in the European Broadsheet from c.1450 to 1825* (Berkeley and Los Angeles: U. of California Press, 1973, 2 vols.) de J. David Kunzle.

La comparación entre las imágenes y los textos publicados en el *Semanario Pintoresco* y en *Los españoles pintados por sí mismos* con los de las aleluyas revela, por una parte, la creciente y mutua interrelación texto-imagen, así como la influencia de la literatura culta sobre la popular y de ésta sobre la culta.

*

Las obras emprendidas a lo largo del siglo XIX para ampliar y modernizar las ciudades atrajeron a quienes cada vez en mayor número llegaban en busca de una posible prosperidad. En muchos casos no lo conseguían y malvivían en los barrios extremos y en nuevos poblados de chabolas formando un mundo marginal, apenas entrevisto por los costumbristas.

Al pintor William Hogarth debemos una visión de los barrios populares de Londres a mediados del XVIII de un descarnado realismo, en la que resaltan el vicio, la insalubridad y la miseria. Y en *London Labour and the London poor* (Londres 1851), y en *London Characters, illustratioms of the humor, pathos, and peculiaries of London life* (Londres, 1881), Henry Mayhew dejó unos estudios sociales metódicos y detallados de la vida en Londres en tiempos de la reina Victoria, en los que hizo una descripción vibrante y colorista de sus barrios populares y sus mercados, y de la confusión y el estruendo de los pregones de los vendedores callejeros. En 1850 Paris tenía un millón de habitantes y el éxodo del campo a las ciudades aumentó el incipiente proletariado urbano, así como el número de vagabundos y de mendigos; y no pocos de los vendedores ambulantes podrían formar parte de esta población marginal.

En los años posteriores a la Desamortización se desarrolla una gran actividad constructora en Madrid, y nacieron nuevos edificios y monumentos públicos, plazas y paseos. El largo reinado de Isabel II abundó en recepciones palatinas, solemnes ceremonias religiosas, desfiles militares, temporadas de ópera y de teatro y suntuosas fiestas en las que las damas ostentaban sus joyas y sus costosos vestidos.[12] Pero la vida de la corte no correspondía a los serios problemas económicos del país, y a la inestable política española; en ningún

12. Salvador García Castañeda, «El Madrid isabelino de los años cuarenta visto por los ingleses», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo». Revista digital del Grupo de Estudios del siglo XVIII,* Nº 18 (2012),1-18; «Ecos de sociedad. La vida cortesana isabelina (1842-1846) que vio Washington Irving», *El Costumbrismo, nuevas luces.* (Dolores Thion Soriano Mollá, ed). Presses de l'Université de Pau et des Pays de l'Adour, 2013, pp 233-250; «Washington Irving y la joven Isabel II (1842-1846): un testimonio» en *La Península romántica. El Romanticismo europeo y las letras españolas del XIX.* Palma de Mallorca: Genueve Ediciones, 2014, pp., 163-174.

período de aquel siglo hubo en España mayor penuria, miseria y descontento y el país vivía al borde de la bancarrota.

Frente al mundillo colorista y alegre de los pregones callejeros que pintaron Mesonero, Antonio Flores y los extranjeros nos dio a conocer Larra los aspectos más bajos del menesteroso comercio ambulante y los inverosímiles oficios que dependían de una hipotética clientela, –«los *modos de vivir que no dan de vivir*»– que era –escribía– «una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias a la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios». Y daba entre ellos, al del hombre que da *higos y pasas* por *hierro viejo,* al otro que compra *palomina,* al que vende *alpiste* para *canarios*, y «esa multitud de corredores de usura que viven de llevar a empeñar y desempeñar, […] en punto a costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran…» (Larra, «Modos de vivir que no dan de vivir», *Obras Completas,* 1886: 441-444).

De época más tardía es la aleluya «Tipos madrileños. (Núm. 153 Li. Boronat. Madrid. 48 v) [muchas aleluyas no llevan fecha], que destaco por su riqueza de temas. Está dentro de la tradición de los «Avisos a los forasteros», de la de «Los peligros de Madrid», de los que conocemos otras aleluyas, y por reunir un amplio grupo de personajes muy diversos pero representativos de la variopinta vida madrileña, algunos ya conocidos de *Los españoles pintados por sí mismos*, del *Semanario pintoresco* y de otras aleluyas.

«Tipos madrileños» ofrece una visión crítica y negativa de Madrid; en su primera viñeta anuncia que «Hay en las grandes ciudades / inmensas calamidades», y muestra los tipos tradicionales del aguador, del maragato, de quienes venden periódicos y lotería, merengues, fósforos y barquillos, del cochero simón, «mal educado y gruñón,» y del mozo de cordel, «servicial, sufrido y fiel».

Junto a ellos están los volatineros y algunos mercaderes de los que conoció Larra como el revendedor de entradas de teatro, el trapero, el casquero, y el que vende «¡A real y medio la pieza!» lo que tiene en una manta en el suelo. Y omnipresentes y temibles, están los hijos de esa economía subterránea de la delincuencia como el chulo, los jugadores de manos, los rateros, el gancho «ladino«, los petardistas y ladrones, de los que «hay en Madrid a montones», tomadores del dos, meretrices y busconas. Es un mundo de apariencias engañosas: «Se confunde aquí el jumento / con el hombre de talento», «Madrid a toda hora / es la caja de Pandora».

Desde nuestra perspectiva de las primeras décadas del siglo XXI, todo esto tiene un aire antañón y literario, y el gran desarrollo económico y tecnológico acabó con muchas de las necesidades y de los oficios de aquel mundo. Pero el evocado aquí sigue vivo, quizá más vivo que antes, debido a la emigración de tanta gente menesterosa que llega de otras tierras y busca en el comercio callejero uno de esos «medios de vivir que no dan de vivir».

Bibliografía citada

«Abecedario y gritos de Madrid». Aleluya. Madrid. Almacén de papel y litografía de F. Castelló, calle de la Concepción Jerónima, núm. 1.

«Abecedarios. Vendedores y oficios». Aleluya. Despacho [Marés y Compañía] calle de Juanelo, núm. 19, Madrid (núm. 22).

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, Alberto ROMERO FERRER, eds., *Costumbrismo andaluz*. Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones, 1998.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, «Gritos de Madrid, ciegos y tertulias» en *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*. Madrid: Abada Editores, 2017, págs. 112-119.

AMADES, Joan, Joan Colominas y Pau VILA, *Les auques*, 2 vols. Barcelona: Editorial Orbis, 1931

AMADES, Joan, *Els rajoles dels oficis*. Barcelona, 1937.

AYALA, María de los Ángeles, *Las colecciones costumbristas. (1870-1885)*. Alicante, Universidad de Alicante, 1993.

BERTARELLI, Achille, *L'imagerie populaire italienne*, Paris, 1929.

BLASCO, Eusebio, *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos*. Edición, estudio y notas de María de los Ángeles Ayala, Universidad de Alicante: Biblioteca Nueva, 2008.

BORROW, George, *The Bible in Spain* (Int. de Walter Starkie). London: J. M Dent, Everyman's Library, 1961

BOTO, Guillermo, *Gritos de Cádiz dibujados por Tomás de Sisto*. Cádiz: Diputación de Cádiz, Biblioteca Federico Joly, 2014.

BOTREL, Jean-Francois, *Aspects de la literature de colportage sous la Restauration*. Grenoble: PUG, 1977.

BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel, «La nodriza», *Los españoles pintados por sí mismos*. Madrid: Gaspar y Roig, 1851: 33-36.

Costumbres gitanescas. Aleluya. [Colegiata, 6. Núm. 14].

CHECA SÁNCHEZ, Antonio, *Fuencarral y las fuencarraleras. Un pueblo en la literatura madrileña.* Madrid: Ediciones La Librería, 2018.

CARO BAROJA, Julio, *Ensayo sobre la literatura de cordel*. Madrid: *Revista de Occidente*, 1969.

CRUZ CANO Y HOLMEDILLA, Juan de la, *Los gritos de Madrid*. Colección de setenta y dos grabados. Edición facsímil. Madrid: Ediciones Guillermo Blázquez, l982. Con introducción «Pregones de ayer y de hoy» de Ramón Gómez de la Serna.

CRUZ CANO Y HOLMEDILLA, Juan de la, *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos*. (Madrid: Casa de M. Copin, 1777); Ed. facsímil. Pról. de Valeriano Bozal. Fundación Universidad-Empresa, Turner, 1988.

DURÁN I SANPERE, Agustín, *Grabados populares españoles*. Barcelona: Gustavo Gili, 1971.

«Escenas matritenses». Aleluya. Despacho de Marés y Compañía, Juanelo, 19, Madrid (Núm. 22).

Españoles pintados por sí mismos, Los. Madrid: Ignacio Boix, 1843-1844; 2a. ed., Madrid: Gaspar y Roig, 1851.

«Españoles pintados por sí mismos, Los». Aleluya. Imprenta de José María Marés, calle de Relatores, 17, Madrid.

FORD, Richard, *Handbook for travellers in Spain*. London: John Murray, 1845.

FORD, Richard, *Gatherings from Spain*, London: John Murray, 1846.

FLORES, Antonio, *Ayer, hoy y mañana o La Fe, el Vapor y la Electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899* dibujados a la pluma por D. Antonio Flores, Tomo I. Ayer. Barcelona: Montaner y Simón, 1892 [IV. Los gritos de Madrid»41-418)]. *Ibid*.; Tomo II. Hoy. 1893 [«Los gritos de Madrid o la publicidad en 1850», 19-26]; *Ibid.*, Tomo III. Mañana. 1893.

FLORES, Antonio, *Ayer, hoy y mañana, o la Fe, el Vapor y la electricidad, Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, dibujados a la pluma por…* Madrid: Imprenta de D. José María Alonso, 1853.

FLORES, Antonio, *La sociedad de 1850,* Edición y prólogo de Jorge Campos, Madrid: Alianza Editorial, 1968.

FONTANELLA, Lee, «Peligros de Madrid», *Poemas y ensayos para un homenaje*. Madrid: Editorial Tecnos, 1976, pp.67-79.

FRAILE GIL, José Manuel, *Amas de cría. Catálogo de la Exposición*. Santander, CEDESC, 2000.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «El pintoresco mundo de la calle o las costumbres del día en aleluyas», en *Romanticismo 6, Actas del VI Congreso, El costumbrismo romántico*, Roma: Bulzoni,1996, pp.171-178.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «Town versus country: the depiction of northern labourers in Madrid in the eighteenh and nineteenth centuries. *Galician Review*, 3-4 (1999-2000), 19-33; «Aldeanos en la Corte: las gentes del Norte de España, vistas por los madrileños (siglos XVIII y XIX)», *Aleluyas,* Urueña, Valladolid: Etnografía, 2002, 56-77.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «El peligroso Madrid de las aleluyas». *Anales de Literatura Española*, n.º 24, 2012, págs. 11-27.

GAYANO I LLUCH, Rafael, *Aucologia valenciana. Estudio folklorico*. Valencia: [Imp. Vives Mora], l942, 56.

GÓMEZ-PORRO, Francisco, *La Conquista de Madrid. Paletos, provincianos e inmigrantes*. Madrid: Silex, 2000.

«Gritos de Madrid». Aleluya. [Sin pie de imprenta].

HAVERTY, Martin, *Wanderings in Spain in 1843*. London: T. C. Newby, 1844, 2 vols.

KUNZLE, J. David, *Narrative Strips and Picture Stories in the European Broadsheets from c. 1450 to 1825*., 2 vols. Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1973.

LARRA, Mariano José de, «Modos de vivir que no dan de vivir. Oficios menudos», *Obras Completas*. Barcelona: Montaner y Simón, 1886, págs. 441-444.

«Lotería. Expresiones de los jugadores, La». Aleluya. Madrid.

«Lotería para los niños. Con los trajes de todas las provincias de España y número de habitantes que tiene cada capital. Instrucciones para jugarla,» Aleluya.

MARCO, Joaquín, *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX*. Madrid, Taurus, 1977, 2 vols.

MASSIN [ROGER NIMIER], *Les cris de la ville. Commerces ambulants et petits métiers de la rue*. Poitiers: Gallimard, 1978.

MAYHEW, Henry, *London Labour and the London poor* (Londres, 1851); *London Characters. Illustrations of the humor, pathos, and peculiarities of London life*. (Londres, 1881).

MESONERO ROMANOS, Ramón, «Paseo por las calles», *Escenas y tipos matritenses*, ed. de Enrique Rubio Cremades. Madrid: Cátedra, 1993, págs. 215-229.

MESONERO ROMANOS, Ramón, *Memorias de un setentón* (edición de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos). Madrid: Castalia, 1994.

PALOMO, María del Pilar, «Texto e imagen en el *Semanario Pintoresco*: Mesonero y Alenza», en *Romanticismo 6, Actas del VI Congreso, El costumbrismo romántico* (Nápoles, 27-30 de marzo de 1996), Roma: Bulzoni,1996, pp.239-247.

«Peligros de Madrid». Aleluya. [Sin pie de imprenta].

«Percances de Madrid». Aleluya. Imprenta de Marés y Compañía, calle de la Encomienda, 19, Madrid (núm. 85).

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Bodas reales, Episodios Nacionales*, Tercera Serie. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1952.

PÉREZ GUILLÉN, Inocencio V., *Las azulejerías de la Casa del Obispo en Sierra Engarcerá (Castellón)*. Diputació de Castelló. Institut de Promoció Cerámica, 2008.

PONS I MASSAVEU, Joan, «Sobre les auques de redolins», *Calendari Catalá para 1901,* Barcelona.

«Provincias de España, Las. Colección de trajes españoles». Aleluya. Madrid: Imprenta de J. M. Marés, calle de Relatores núm. 17.

«Rastro en Madrid, El». Aleluya. Lit. Boronat. Madrid (Núm. 153).

RODRÍGUEZ ONOFRE, Antonio, *Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España.* Principiada en el año 1801. Madrid: Librería de Castillo, 1801; Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 1989. Compuesta de 112 grabados-calcográficos, está dedicada a tipos regionales, con un pie de dibujo que define la estampa con algún refrán o frase popular. Hay ed. facsímil por Juan Carrete Parrondo, Madrid: Ayuntamiento, 1959. También *Tipos y modas de Madrid en 1801* y *Modas de Madrid* (1801).

RUBIO CREMADES, Enrique, «Los peligros de Madrid en el *Semanario Pintoresco Español*». *Arbor*, vol. 188-757 (septiembre-octubre 2012), 629-880.

Tipos madrileños. Aleluya (Núm. 153 Li. Boronat. Madrid).

WIDDRINGTON, Samuel Edward, *Sketches in Spain, in 1829-30-31-32*. In two volumes. London, T & W. Boone, 29, New Bond Street, 1844 [?]; otra ed. de Paris, Galignani.